incluso cortos períodos de frío y oscuridad que las de zonas templadas. Si la oscuridad, el frío o ambos se extendieran por los trópicos, las selvas tropicales, que son la mayor reserva de diversidad orgánica, podrían en gran parte desaparecer. Esto, a su vez, llevaría a la extinción de la mayor parte de las plantas y animales terrestres.

o **La dependencia de las importaciones amenaza la supervivencia en los países tropicales y en desarrollo**

La dependencia de las importaciones de alimentos por parte de las poblaciones urbanas en muchos países tropicales y en desarrollo tendría serios efectos, aun si esas áreas no estuviesen directamente afectadas por la guerra. Muchísimas personas se verían obligadas a abandonar las ciudades y a intentar cultivar las restantes áreas de selva, acelerando así su destrucción y su consiguiente velocidad de extinción. Dejando de lado la exacta distribución de los efectos inmediatos de la guerra toda la tierra se vería en último término profundamente afectada.

9. Incluso pequeños intercambios nucleares podrían causar serias consecuencias.

Pequeños intercambios nucleares (100 to 1.000 MT) podrían resultar en efecto climáticos relativamente grandes. Un escenario que suponga la explosión aérea de 100 MT sobre ciudades podría producir un intervalo de dos meses de temperaturas por debajo del nivel de congelación de hasta 23° C bajo cero. En tal escenario prenderían miles de incendios, y sólo el humo generado por ellos causaría un período de frío y oscuridad casi tan grave como en el caso base de 5.000 MT.

RESUMEN

A consecuencia de un intercambio nuclear de 5.000 MT los sobrevivientes sufrirían fríos extremos, escasez de agua, falta de alimento y combustible, fuertes cargas de radiación y poluciones, enfermedades y graves tensiones psicológicas. Todo ello a media luz o en total oscuridad.

Es claro que sólo los efectos en el ecosistema resultantes de una guerra termonuclear a gran escala serían suficientes para destruir la civilización tal como la conocemos, al menos en el hemisferio norte. Estos efectos a largo plazo, si se combinan con las víctimas directas de la explosión, sugieren que con el tiempo podría no haber supervivientes humanos en ese hemisferio. Los seres humanos, otros animales y las plantas del hemisferio sur sufrirían también consecuencias profundas.

El escenario aquí descrito de ninguna manera es el más grave que se podría imaginar dados los actuales arsenales nucleares y los que se esperan para el futuro próximo.

La Teología de la Liberación

PROMESA O AMENAZA?

Radomiro Tomic

Radomiro Tomic, es uno de los grandes políticos chilenos. Su nombre sigue sonando, a pesar de las sombras que Pinochet mantiene sobre el país sureño. Tomic representó siempre el ala más avanzada de la Democracia Cristiana chilena. Fue candidato presidencial por su partido y sigue siendo uno de los hombres más prominentes de la Democracia Cristiana Latinoamericana. Su claridad mental y su rectitud a toda prueba le llevan ahora a romper una lanza en favor de la Teología de la Liberación. (N. de la R.)

¿Pudo haberse evitado la Reforma Protestante? Sólo Dios sabe. Lo que sí sabemos es que Lutero era un monje agustino devoto y de prestigio, quien fue enviado a Roma (1511) para solicitar normativas más rigurosas de vida monacal en Sajonia, y para denunciar las exacciones de que eran víctimas los campesinos por los señores feudales en nombre de la religión. Su misión fue un completo fracaso, después de lo cual el hasta entonces piadoso monje, de carácter áspero y orgulloso, sintió vacilar su sumisión a la cátedra de Pedro, expresándolo cada vez más acentuadamente en sus escritos y enseñanzas. En 1520 tuvo que ser excomulgado. Lo demás es historia: la Cristiandad, Europa y el mundo occidental sufrieron enormes consecuencias que perduran hasta nuestros días.

¿Pudo la historia de América Latina haber sido diferente el siglo decisivo que fue el Siglo XIX para la unidad y consolidación de estos pueblos recién independizados? Tal vez. Lo que sí sabemos es que durante toda esa centuria cada una de estas nuevas naciones fue desgarrada por la lucha interna entre los católicos conservadores "defensores de la Iglesia" (habitualmente los perdedores) y los liberales anticlericales "defensores de la libertad de conciencia" (habitualmente los ganadores), quienes prefirieron combatirse con ferocidad en vez de reunir su visión del futuro, talento y esfuerzo en dar unidad y prosperidad a estos nuevos países. La semilla de este antagonismo suicida fue sembrada durante la guerra por la independencia nacional (1810-1825) cuando Roma tomó partido frontalmente por la defensa del "orden establecido", apoyando la legitimidad de la Corona Española y exigiendo de los "rebeldes" (casi todos los cuales se consideraban a sí mismos buenos patriotas y cristianos), que se sometieran a "la voluntad de Dios" en cuyo nombre gobernaba el Rey de España.

¿Cuál será el curso que el futuro deparará a la "Teología de la Liberación" nacida en América Latina hace menos de 20 años, pero que se difunde desde México hasta Chile como el fuego en la pradera reseca entre clérigos y monjas, entre los pobres y los jóvenes y entre laicos de variada condición social, con un ímpetu que empieza a alarmar a Roma? (...¿pero por qué debería alarmarse Roma?) ¿En qué medida la aceptación o el rechazo del llamado maravillosamente cristiano de la "Teología de la Liberación" afectará no solamente el futuro de América Latina, incluyendo el de la Iglesia Católica, sino el horizonte histórico del Catolicismo en términos universales frente a la rapidez y profundidad de la interdependencia de la Humanidad en nuestros días? Sólo Dios conoce la respuesta; pero lo que nosotros sí sabemos es:

— Que casi la mitad de los católicos del mundo viven ahora en América Latina y que para la gran mayoría de ellos la lucha por una vida mejor es una batalla desesperada, siempre en retroceso, de acuerdo a los estudios de la Comisión Económica para la América Latina de las Naciones Unidas.

— Que este escándalo moral del hambre innecesaria; la explotación, la ignorancia y el desempleo generalizados; la

"violencia institucionalizada" (las injusticias consagradas por las leyes) impuesta por pequeñas minorías sociales sobre las grandes mayorías, tiene lugar, desde hace más de un siglo y medio, en el continente más vacío y potencialmente más rico de la tierra: tres veces más grande que los Estados Unidos; dos veces más grande que China, donde en menos de 30 años el hambre ha sido eliminada para más de mil millones de personas:

— Que a comienzos del Siglo XIX esta misma América Latina estaba delante de los Estados Unidos cualesquiera que sean los metros que se usen para medir el progreso respectivo: universidades, escuelas, imprentas, desarrollo urbano, caminos, población, producción, comercio internacional, etc. Ninguna otra prueba es necesaria para demostrar que las condiciones miserables en que sobreviven hoy en día centenares de millones de latinoamericanos, no son atribuibles ni a la "voluntad de Dios", ni al "destino", ni a la "raza", ni a la "pobreza de la naturaleza". Las causas son otras. Mencionemos dos: la fragmentación en 20 Estados soberanos, la primera; y la segunda, la estratificación en 20 "sociedades cerradas" con pequeñas minorías sociales perpetuándose a sí mismas como "clase gobernante", mediante el monopolio de la propiedad de la tierra, la riqueza y el crédito, la educación y la cultura, el prestigio social y, sobre todo, la autoridad y el poder político casi en todas partes en alianza con los hombres de armas. Así fue establecida, hace más de 150 años, la "violencia institucionalizada" denunciada por los obispos latinoamericanos en Medellín junto al Papa Paulo VI, en 1968. Veinte años después de Medellín la brecha entre el 5 por ciento de la población más rica y el 40 por ciento de la población más pobre, es aún mayor según la Cepal. ¿Cuándo esta tendencia escandalosa producto no del "mal corazón" de los ricos, sino de la "racionalidad" esencialmente inmoral del capitalismo será revertida? ¿Por quienes? ¿Con qué medios? ¿Puede la Iglesia Católica dejar de denunciar la esencia corrompida y corruptora del egoísmo sistematizado que es el "alma" del capitalismo y de sus estructuras de poder nacionales e internacionales? ¿Hasta cuándo va la Iglesia a tolerar que las minorías privilegiadas se esfuercen frenéticamente por identificarla con sus privilegios pretendiendo que la "lucha contra el Marxismo" es la primera prioridad en América Latina? ¿Es todavía válido el grito angustiado de Pío XI, cuando dijo que "la apostasía de las masas es el mayor escándalo del Siglo XX"? ¿continúa vigente el llamado imperativo del mismo papa Pío XI a la Juventud Cristiana: "La política es la forma más alta de la Caridad —del amor a dios en el servicio al prójimo— después del estado religioso mismo"?

Juan Pablo II ha denunciado una y otra vez durante su última visita a la América Latina, el peligro para los cristianos de buscar apoyo en "ideologías hostiles" a la esencia de su fe. Por supuesto que el contenido ateo de la ideología marxista con respecto al hombre, la sociedad y la historia, no es compatible con los valores cristianos, pero la "Teología de la Liberación" no nace porque Marx haya escrito lo que escribió hace un siglo. ¡No! No tiene por objeto justificar al marxismo en términos cristianos. No necesita de Marx, sino apenas en el mismo sentido en que los médicos católicos utilizan determinadas investigaciones de Freud, a pesar de que Freud fue militantemente ateo y anticristiano. Seamos Claros: si Marx no hubiera nacido nunca "el estado de pecado en que vive la América Latina", la "violencia institucionalizada" que sacrifica la dignidad y derechos de la inmensa mayoría de su población, serían exactamente lo que son... ¡o quizás aún peores!

Hace 300 años ese santo formidable que fue Ignacio de Loyola, resumió lo que para el común de los creyentes latinoamericanos nos parece ser la esencia de la "Teología de la Liberación" no en función de remotas disquisiciones teológicas, sino en términos históricos identificables para clérigos y laicos, por su realidad y urgencia: "Hasta ahora dijo San Ignacio a su pequeño grupo en la Ciudad Santa— hemos tratado de amar a Dios por la oración y por el Servicio a los pobres de Roma, buscando para ellos alimentos, vestidos, asilo. Atenuar los sufrimientos de los pobres es, sin duda, conforme a la voluntad de Dios; pero, ¿no será aún más conforme a la voluntad de Dios si nos esforzáramos porque los pobres de Roma pudieran valerse por sí mismos sin necesitar de alimentos, de vestidos y de techo ajenos?".

¡He aquí la intuición relampagueante del genio! Percibir la esencia de los problemas sin enceguecimientos por lo secundario. Curar la enfermedad y no los síntomas. Atacar las causas y no meramente los efectos. Luchar por la supresión de la esclavitud mucho antes que por un mejor tratamiento para los esclavos. En nuestros días denunciar sin vacilaciones ni ambigüedades las causas que motivan la violación secular de los derechos inherentes a la dignidad espiritual de centenares de millones de latinoamericanos, en vez de continuar en la rutina, también secular, de pedir a los ricos que "abran su corazón" al sufrimiento de los pobres... cosa que muchos ricos hacen sin que esto altere para nada la esencia del problema. Convenzámonos: lo malo no es la crueldad de los dueños de esclavos; lo malo es la esclavitud. Anunciar la Civilización del Amor sólo es posible si se comienza por denunciar y condenar la Civilización del Egoísmo que ha "institucionalizado la violencia" en América Latina y en el mundo.

¿Por qué no aceptar a pleno pecho el desafío que la historia impone a los cristianos y a la Iglesia Católica, en primer término en América Latina, sabiendo que es aquí en donde, en pocos años más, vivirán, orarán, sufrirán y morirán más de la mitad de los católicos del mundo?

Es cierto: la "Teología de la Liberación" no ha sido condenada por el Vaticano, pero por cada palabra del Santo Padre delimitando el sentido de sus advertencias en orden a evitar desviaciones de contenido marxista, la prensa, la radio y la televisión, financiadas por los actuales beneficiarios del orden establecido y de la violencia institucionalizada, han transmitido 99 palabras consiguiendo transformar esas "advertencias" en "condenaciones".

¿Dique o cauce? Es el dilema de Roma frente a la "Teología de la Liberación", cuyo poderoso llamado a dar forma cuanto antes a las comunidades de base como semillas de una nueva sociedad comunitaria, solidaria y fraternal, estremece la conciencia y renueva la esperanza de millares de clérigos y monjas y de millones de pobres y jóvenes y de creyentes de diversa condición social desde México a la Patagonia. En América Latina, para bien — ¡no para mal!— la "Teología de la Liberación" es el otro nombre de la Civilización del Amor; y al igual que esta última, es incompatible con la inmoralidad esencial de la Civilización del Egoísmo y del capitalismo. ¿Por qué alarmarse? Quizás se justifique recordar a Berdiaeff: "El comunismo no es sino la parte del deber no cumplido por los cristianos"?.

(Tomado de EL NACIONAL, 26 de marzo de 1985)